

Un modo nuevo de divertirse

POR SELENE ARMSTRONG HARMON

CUANDO Benson tenía diez y seis años, mientras ayudaba a su madre a conservar tomates y guindas, para los que no existía mercado, se le ocurrió que podía mejorar los métodos de conserva entonces conocido por las familias, si sólo supiese algo de la química de los alimentos. Este pensamiento le interesó en la educación de los colegios y desde este momento se convirtió en el sueño de su vida y de sus horas de trabajo. Para realizar sus aspiraciones debió hacer esfuerzos sobrehumanos, porque su madre, viuda, tenía tres niños menores que él a quienes atender y además la granja se hallaba hipotecada. A los diez y ocho años, sin embargo, trabajando 16 horas al día y a veces más en los meses de invierno, y dedicando todo su tiempo en el verano a las tareas de la granja, logró sostener la finca y que le aprobasen tres años en la Academia de Epworth, Iowa, después de lo cual se dedicó a buscar dinero.

Pero tuvo la desgracia de que trabajando en un aserradero, donde se había empleado, perdió su mano derecha lo que le imposibilitó para seguir trabajando en la recolección de fruta viéndose además recargado con los gastos de la curación. Pero un día, mientras se hallaba pensando en su triste condición, llegó a la granja una delegación de vecinos para verle. Eran todos amigos de su padre que sabían la laboriosidad del muchacho y venían a entregarle una cartera con 48 dólares como regalo. Esto fué lo suficiente para volver a levantar el espíritu del muchacho. Con ese dinero se compró libros y un billete del ferrocarril, dirigiéndose a la Universidad de Iowa a completar su educación y más tarde a la Universidad de Chicago, ganándose mientras tanto la vida dando lecciones.

Era un maestro innato que amaba su trabajo y a los niños campesinos, cuyas penalidades y aspiraciones él conocía tan bien. En sus meditaciones Benson había llegado a una verdad práctica y filosófica referente a la educación de los muchachos y muchachas y era la de que el propósito de la educación es el de adaptar al niño a su medio ambiente, hacerlo más expresivo, más servicial y más eficaz en el sitio donde vive. Así fué que cuando la Universidad se dignó investigar los métodos del joven maestro de los que tanta gente hablaba, se encontraron con

que la clase de botánica que él daba era muy diferente de lo que se había hecho hasta entonces. Los muchachos y muchachas de esa clase ignoraban los nombres de las flores que crecen en los Alpes y la nomenclatura latina de las plantas de la Florida, pero sabían ingerir un manzano, podían elegir la semilla del maíz sin titubear y conocían el heno y la alfalfa tanto como el A B C.

Como superintendente del distrito de Wright, Benson tenía bajo su inspección 258 escuelas, nueve de las cuales solamente se hallaban en pueblos y aldeas.

«El texto escolar—decía Benson a sus maestros—en general se halla escrito respondiendo a una necesidad universal, ignorando las necesidades locales y las relaciones de los muchachos y muchachas que se refieren a las necesidades y las relaciones estudiantil. El autor da por hecho, lo mismo que el superintendente de las escuelas, que el maestro debe suprimir gran parte del texto y sustituirlo por las cosas de interés local».

De modo que en este distrito se empezaron a enseñar muchas cosas que no estaban en los libros. Creían los maestros que el propósito de la educación para esos niños era ante todo, el de hacerlos aptos para el medio ambiente rural y para conseguir lo cual la educación debía concretarse a las cosas que rodeaban a los muchachos, a las cosas de todos los días, tales como el hogar, la granja y el jardín. De este modo los muchachos, en las escuelas del distrito de Wright, fueron organizados por su superintendente en clubs de Maíz y enseñados a cosechar mejor maíz que el que habían cosechado sus padres. Los muchachos y las muchachas aprendieron a trabajar en los jardines y a criar cerdos y galli-

nas. Las muchachas aprendieron a coser y a hacer pan y las escuelas de Benson pronto se hicieron famosas como una especie de laboratorio agrícola del estado. Los colegios del estado y las Universidades observaron la obra como una nueva aventura y el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, en Washington, también vigilaba, siendo patente para los hombres que regían los destinos agrícolas del país que una nueva luz se hacía. Se dieron cuenta de que gastando dinero para educar a los agricultores adultos, descuidando a los muchachos y a las muchachas era abordar el problema rural desde un punto equivocado. Si se podía hacer que los niños aprendiesen a querer el campo y la granja, dentro de dos generaciones no existiría más el peligro de la despoblación de los campos. El doctor Seaman A. Knapp, fundador de la extensión agrícola del país y jefe de la oficina de Extensión Agrícola del Departamento de Agricultura, de Washington, quería que se hiciese algo en favor de los muchachos de los distritos rurales del sur. Y llamó al joven superintendente de la escuela de Iowa al Departamento de Agricultura de Washington encargándole que organizase a los niños del sur en clubs análogos a los que habían hecho famoso el distrito de Wright.

La idea del club es tan familiar hoy que nos parece que es algo que ha existido siempre y a Oscar G. Benson se debe esta popularidad. El 30 de junio de 1919, se hallaban 2.500,000 niños en contacto con los clubs organizados por Mr. Benson y sus asociados en el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. El valor práctico de este movimiento puede verse en el hecho de que en el período de un año 251,032 muchachos de estos clubs cosecharon productos alimenticios valorados en \$ 6.019,092. Esto se logró con un costo total, incluyendo un jornal de 10 centavos por hora a los muchachos y muchachas, de \$ 2.447,313. De este modo la nación en doce meses y con el trabajo de una parte de sus niños, obtuvo una ganancia de más de tres millones y medio de dólares. Hoy el programa de los clubs forma parte de la educación de los muchachos y de las muchachas en cada estado de la Unión. Tiene sus clubs de ovejas, de conejos, de terneros y de aves; clubs de patatas, de jardines, de maíz, de remolachas; clubs de padres e hijas, clubs de economía doméstica, de elaboración de ropas, además de otros 13,000 clubs «misceláneos». El club ha abolido el aislamiento de los niños del campo, les ha enseñado a ganar

€ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de € 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.